

# NO HAY DIOS

PIERO DELLA FRANCESCA  
OU  
AS VIZINHAS CHILENAS

**GERARDO MELLO MOURAO**

---

## 1º tempo - *adagio*

Fue en la terraza de la bella casa Sertaneja<sup>1</sup> de su padre, el Coronel Salustiano, en Palmeira dos Indios, que (el diputado) Dionisio mando a llamar al mulato Amarolino, quien quería reencontrarse con el Senador. Vaquero hoy del Coronel Salustiano, Amarolino era natural de Palmares, en Pernambuco, nacido y criado en el molino de caña de azucar, donde fue mayordomo del Coronel Carvalhindo, padre del Senador. Él lo había conocido de niño, aún sin barba. Cazaban roedores y disparaban juntos a las aves durante la marea baja, con la escopeta pajarera comprada en la feria de Palmares con los 5.000 reales dados por doña Francisquinha.

Apegado a la familia, cuando el Coronel vendió el molino se fue para Águas Belas, –que no se parecía a San Antonio– donde comenzó a vivir ayudado por el Padre Nelson, hasta la muerte del Santo Vicario. Santo, sí –se sacaba el sombrero de cuero– porque después de Dios y del Padre Cícero, no había otro más querido y más sabio en toda la región interior del noreste, desde Alagoas a Ceará. Y cuando veía que otros llegaban a ser obispos –como aquel vicario gordo de Exú– mientras el Padre Nelson continuaba en la vecindad de Aguas Belas, predicando desinteresado en Iatí, aguantando el lomo del cabello y el mal humor de don Audálio, balanceaba la cabeza, decepcionado:

- *Qual, não há Deus, compadre!*

Si el Vicario en vez de haber tomado el hábito, se hubiese hecho doctor, como su hermano, a estas horas sería como él: Ministro y Senador– y quizás hasta estaría en el Palacio de las Princesas<sup>2</sup> donde hasta algunas cabras de atar ya habían lle gado a sentar el rabo.

Amarolino quería saber noticias de todo y de todos, de Doña Francisquinha y de Doña Lucinha, que aquella, sin duda, si no hubiese salido hembra, habría acabado en algo grande también –Obispo o Diputado, tal vez señor de molino o hacendado de ganado fino, como el Coronel Salustiano, que también era madera de ley. No era en vano que el doctor Dionisio estaba brillando en la Cámara. Y seguramente iría a parar a Los Martirios<sup>3</sup> donde, a pesar del Doctor Silvestre, macho en exceso, y el doctor Muniz, amigo de la gente, lo que estaba faltando era hombres.

---

<sup>1</sup> De la región del noreste interior de Brasil

<sup>2</sup> El Palacio de Campo de las Princesas (en portugués Palácio do Campo das Princesas) es la sede administrativa del gobierno del Estado de Pernambuco.

<sup>3</sup> Palácio Floriano Peixoto - Maceió - conocido popularmente como Palácio dos Martírios, es sede del Gobierno de Estado.

Quería abrazar al Senador. Iría a ver si él se acordaba o no del mulato Amarolino, solo en la manera de enrollar el cigarro y pedir la bendición a los grandes de la casa. Quería ver al yerno del Senador y a la obligación<sup>4</sup> de él, pues sabía que la mujer ya había dado dos hijos machos al marido –la raza del Coronel Carvallinho era de buena mano, hacedora de machos.

¿Reconocería al Senador? ¡Aunque hubiesen pasado cien años! La cara de ellos tenía una marca de fábrica. De hecho, había visto de lejos dos niños de ojos almendrados y ya sabía que eran los nietos del Senador y que eran capaces de llegar más lejos que el abuelo y que el padre, bastaba mirar sus cabezas, ya que gente con aquella raza de cabezas tiene sustancia y memoria.

Si un niño de estos no acababa Vicario de Juazliro –o por lo menos, Papa de Roma o Presidente de la República– entonces es porque no hay Dios.

El Senador ya me había hablado de Amarolino en una de aquellas amables tertulias en que recordaba, con su privilegiado espíritu, su fino decir y su acento pernambucano, las cosas del noreste que sabía y conocía como ninguno.

Ante cualquier acontecimiento que le parecía contrario a sus sentimientos de buena fe y recta justicia, el mulato balanceaba al cabeza :

- *Qual, não há Deus!*

María de los Dolores, niña bonita y de familia, se había casado con un muchacho borracho e inútil de Sierra Talhada y había acabado en la zona de Caruaru, con enfermedad de mundo, mientras que una mujerzuela ordinaria, como María Inés, corneaba ante Dios y el mundo al hombre que la sustentaba y era hasta recibida en las casas de respeto, –Amarolino balanceaba la cabeza:

- *Qual, não há Deus!*

La Cascabel atacaba en el bosque y mataba a una vaca de raza, de veinte litros de leche por día, y la vieja turina que solo podía vender el cuero estirado, continuaba contenta comiendo el alimento de la vaca.<sup>5</sup>

- *Qual, não há Deus!*

El padre Nelson preparaba una procesión estruendosa para recibir al señor Obispo, y justo a esa hora caen baldes de agua.

- *Qual, não há Deus!*

---

<sup>4</sup> La mujer

<sup>5</sup> colônia

El Doctor Silvestre perdía la elección de Gobierno, no se elegía un hombre como el doctor Ari, terminaba en los Martirios<sup>6</sup> un candidato que no era de su agrado:

- *Qual, não há Deus!*

Pues Amarolino no entendía a Dios –explicaba el Senador– sino como un ser presente, con su justicia y su misericordia destinada a las cosas, a los animales, a las personas y a los lugares. Era un místico “à l’état sauvage”<sup>7</sup>, como diría Claudel, si lo hubiese conocido. Pues Dios debería intervenir en el casamiento de María de los Dolores, en la vida de la vaca lechera, en la procesión del Padre Nelson y en la política de Alagoas y Pernambuco.

El Senador se acordaba, pues, de Amarolino, mucho más de lo que él pudiera imaginar. Y no era solo para ser pintoresco, tal vez, que a veces el mismo balanceara la cabeza, en esos momentos en que la perplejidad, como la fría hoja de un puñal, nos atraviesa el espíritu, la conciencia, el corazón –los más inviolables territorios de la fe– para repetir la frase lapidaria del mulato de su molino.

Cuando supo, por ejemplo, que un adversario demente y un diputado charlatán, engreído y sin honra, que no merecía desatar el zapato de su yerno, trataron de alcanzar la reputación del joven, balanceo también la cabeza como el viejo Amarolino, y murmuró bajito:

- *Qual, não há Deus!*

De esta forma, el encuentro fue más cordial y afectuoso, radiante el vaquero al efusivo abrazo del Senador, dado con el mismo afecto y la misma naturalidad de los tiempos en que cazaban o armaban trampas para pájaros en el pantano de San Antonio.

La única tristeza de Amarolino fue saber que, mientras una peste como el Raposo continuaba vivo, Leonardo, el Coronel Carvalinho y el niño –en la flor de la edad– habían muerto.

Con el sombrero de cuero en la mano, balanceó la cabeza sobre el pecho agamuzado.

- *Qual, não há Deus!*

Después, súbitamente contento de descascarar la caña de caiana y partir un coco para los niños, blandiendo en el aire su gran machete de arbustero de Campina Grande, exclamó, apuntándole a los nietos:

- pero Senador, los niños están ahí!

En su tosca teología ha de haber pasado, como vi en la sombra de los ojos del Senador, una vaga noción de triunfo del hombre sobre la muerte, del misterio de la resurrección de la carne, que se prefigura en la vida de nuestros hijos y de los hijos de nuestros hijos, en los cuales continuamos viviendo en cuerpo y alma, aún después de la sepultura. Y solo por su

---

<sup>6</sup> Palácio Floriano Peixoto - Maceió - conocido popularmente como Palácio dos Martírios, es sede del Gobierno de Estado.

<sup>7</sup> Al estado salvaje.

causa, gracias a esa certeza, conseguimos aceptar sin desesperanza, y hasta con dulzura y seguridad, la hora de la muerte. Dulzura y seguridad tanto más intensas, cuanto mejor sepamos que en ellos ha de ser segura y dulce la vida que recogen de nosotros, para transmitirla también, de generación en generación, hasta el fin de los tiempos. Solo los que no pueden tener esa consoladora certeza, están expuestos a la desesperanza de la muerte. Los otros saben que no mueren y que continuarán viviendo en la sangre de sus venas, pudiendo hasta disponer que la vida les venga a ser, día a día, más feliz y más perfecta.

En su salvaje doxología<sup>8</sup> de sertanejo, Amorolino trataba con la vida en sus propias fuentes. Manipulaba las materias primas de la vida, en su mundo primitivo.

Y el Senador, profundo conocedor de su tierra, habrá tal vez aprendido, en aquella clara mañana alagaona<sup>9</sup>, en la terraza de la casa del Coronel Salustiano, entre la tapioca<sup>10</sup> y la carne del sol, una lección más de su viejo amigo de la infancia. Pues desaparecieron de sus ojos la sagacidad estudiada del viejo zorro político y el refinamiento elegante y cultivado de hombre de mundo, para temblarle la pupila, como a través de una niebla matinal, un destello de pureza al oír al mulato.

- pero senador los niños están ahí!

Y había un tono diferente en su voz, como si de repente conquistase la inocencia, la libertad y la paz, cuando, al terminar el nectar de caju<sup>11</sup>, tratando de cambiar de asunto, pero no consiguiéndolo, preguntó a la hija:

- hija mía, ¿los niños están ahí?

## **2º tempo – *andante religioso***

Esta, sin embargo, no es la historia del diputado Dionisio, ni del Coronel Salustiano, ni del Senador.

No es tampoco la historia de Amorolino, para la cuál se necesitarían, además de nuevos subsidios del Senador, informaciones de Paulo, Jarmelino, Benedito, Expedito, Luiz Bina, Sebastião y muchos otros, inclusive Abelardo en São Miguel dos Campos y Evanir y Claudionor en Arapiraca.

Sin embargo, nada de esto importa. Lo que importa es dejar bien claro que ésta no es la historia de Amarolino ni de ninguna de aquellas personas arriba mencionadas.

Es la historia de Pepe Vial, o por lo menos, una de las muchas historias que se podrían contar de Pepe Vial.

Mi amigo Pepe Vial –José Vial Armstrong– era arquitecto. Más exactamente: profesor en la Escuela de Arquitectura de una Universidad de Chile. Era Chileno.

---

<sup>8</sup> Fórmula de alabanza a la Santísima Trinidad, en la liturgia católica.

<sup>9</sup> De la región de Alagoas, nor-este de Brasil.

<sup>10</sup> Harina de mandioca (Planta de países tropicales con raíz en tubérculo).

<sup>11</sup> Fruto del anacardo, árbol de América tropical

En realidad, no ejercía la profesión de arquitecto, la enseñaba. Aunque era un excelente profesor, según el testimonio de Tuto Baeza, Alberto, Claudio y Fabio, tampoco se puede decir que ocupase alguna cátedra como profesión. Pues era tan señor de la doctrina y del arte, que la distribuía a los alumnos con la facilidad y la sabiduría de un diálogo platónico, en que la palabra exacta y la frase diseñada no le costaban más trabajo de lo que el soplo en los labios.

De forma que no se podía hablar de profesión, que es el castigo del génesis, lo que se hace con trabajo y cansancio y cuesta el sudor de la frente. Y la arquitectura y las clases de Pepe no le costaban a su faz ningún sudor, rindiéndole en cambio una sonrisa a su rostro sereno.

Una cosa, sin embargo, le costaba el sudor de la frente: –su ocupación con la teología.

Esta sería, pues, su verdadera profesión. Pues Pepe Vial era teólogo de oficio y profesión, aunque no fuese ministro de ningún culto, a pesar de que Alberto bromeara a veces atribuyéndole cierto aire de pastor alemán de iglesia luterana. Tratase, sin embargo, de una burla maliciosa de Alberto, pues si no fuese por la calvicie precoz que le comenzó a devastar la cabeza, mi amigo Pepe Vial pasaría perfectamente por un galán de cine, al estilo un poco *démodé*<sup>12</sup>, de Charles Boyer, por ejemplo, y claro, más aristocrático y simpático que éste.

Arquitecto, profesor o teólogo, lo cierto es que vino a mi encuentro en Río, donde pretendía, bajo el patrocinio del Ministerio de Educación, hacer el recorrido del barroco minero, especialmente Oro Preto, Congonhas, Mariana y Sabará.

Llegado a Río, sin embargo, ya fatigado de ese monopolio de ciudades de Minas, tanto de los visitantes de buen gusto como de los turistas americanos, resolví llevarlo primero a las iglesias más líricas de Brasil., en Recife, en Penedo, en Paraíba, pasando por la torre de azulejos de los Martirios, en Maceió, el colonial severo y pobre del Ceará, volviendo por la orgía del Barroco bahiano.

De esta forma, las iglesias de Minas Gerais, ya desgastadas por el lugar común de todos los turistas, no vieron los ojos lúcidos con que Pepe Vial las habría medido y amado. Y el resultado es que no vio ni una iglesia, tampoco en el norte, lanzando un mirada soñolienta a las de Goiana, donde le atraían más los pregones de la pamonha y de guaiamum. y la viola de los ciegos de la feria.

Pues el hecho es que, llegados a Recife, lo llevé primero a descansar dos o tres días al coqueral de Catuama, donde el Senador posee una propiedad al lado del verde mar del noreste.

Habituado al negro mar del Pacífico que revienta en los requerios de Valparaíso y en las caletas de Viña del Mar, mi amigo asentó los músculos en las arenas claras, y los ojos en el agua verde, tostó el rostro y los riñones en el sol del trópico y aduló el paladar con el agua de coco, la piña, el caju y el memorable ananá de pernambuco. Y cebó la indolencia en las famosas aguardientes de cabeza, de Morenos, o de Victoria de San Antonio, con las cuales iba substituyendo, viciosamente, sus vinos chilenos de Santa Rita o Santa Carolina.

Se fue dejando estar en la playa, en las delicias de Catuana, dormitando la siesta en las olorosas hamacas de Aracatí. De forma que encontró más sabio y más reposante no ver ni una iglesia.

---

<sup>12</sup> Anticuado, pasado de moda.

Del Barroco del noreste vio lo principal: las ancas y los senos de las mulatas, los dulces pernambucanos de la mesa del Senador, el paso del frevo<sup>13</sup> y el pastoril en el terreiro<sup>14</sup>. De arquitectura no anotó otra línea mas que la de las tórtolas y las palmeras que se entrecruzaban entre el azul diáfano del cielo y las arenas albas. Y era cuanto bastaba.

Pepe Vial ya conocía a Amarolino por las conversaciones del senador, cuando el vaquero se nos apareció en la casa, en la boca de la noche, traído por un compadre de Igaracu, que tuviera negocios con él y con Acilino Brito, llevando una manada de bueyes de Biró, de las Vertentes, a Paraíba.

Comenzó a sorprenderse con el mulato, solo de verlo todo encuerado de la cabeza a los pies, vestido al modo del bandolero.

La sorpresa de Amarolindo no fue menor –nunca había visto un extranjero en su vida. Preguntó si el extranjero era paulista. Oyó, respetuosamente, pero un poco incrédulo, mi información de que Sao Paulo no era el extranjero, era Brasil. Más, parece solo haber quedado más o menos tranquilo a este respecto, cuando la autoridad omnisciente del senador confirmó mi información.

De cualquier manera, con aquella intuición sertaneja, simpatizó mucho con Pepe Vial, le hizo un cigarro de paja, mostrando pulidamente como debía lamer, se enteró de Chile, se quedó asombrado al oír que era más lejos que Bahía, no creyó mucho, puso sus dudas sobre la altura de la cordillera de los Andes, encontró difícil que fuera mas alta que la sierra de Ibiapaba, donde ya anduviera detrás de un Buey encebado, quiso saber de los vaqueros chilenos y después de la traducción que le hice, encontró que era una nación de gente muy importante y buena.

Mas lo que más le espantó, fue saber que ni el pueblo de Chile ni el propio Pepe Vial sabía hablar nuestra lengua, como los indios de Aguas Belas. Le pareció una injusticia que gente tan considerada, a juzgar por el doctor, que era amigo del senador, no supiese hablar correctamente como nosotros.

Se saco el sombrero y balanceó la cabeza:

- *Qual, não há Deus!*

Después de este fulminante juicio histórico contra el castigo inicuo de la torre de babel, escupió la cachaza y balanceó la cabeza, repitiendo:

- *Qual, não há Deus!*

Y cuando llegó el mayor Oseas, para decir que cierto político de Coruripe, muy conocido como bellaco, habría ganado el gran sorteo de la lotería de navidad, de la cual un hombre como el Senador también había comprado un billete, trago fuerte el arapiraca<sup>15</sup> negro y sacudió de nuevo la cabeza:

---

<sup>13</sup> Danza popular del norte.

<sup>14</sup> Terreno donde se hacen ritos africanos.

<sup>15</sup> Bebida alcohólica.

- *Qual, não há Deus!*

Y así fui llegando a la amarga conclusión que ésta no llegaba ser una sátira, mucho menos una blasfemia, ni tampoco una convicción. Tal vez un desahogo que se podría, ciertamente, traducir en el inverso de la fórmula pascalina. Pues la razón a veces llega al corazón sin que el corazón la conozca. Y esto es tanto más cierto, cuando está fuera de duda que Amarolino creía en Dios y tenía un refinado sentimiento de todos sus atributos, sobretodo de su omnipotencia. Su lastimado refrán debía, así, ser entendido como la confesión de su perplejidad delante de los misterios de la insondable, incomprensible justicia divina. Y hasta como una permanente, incansable esperanza de que la alabanza divina un día funcionase claramente, accesible a nuestra propia sed de justicia.

Pepe Vial que sabía perfectamente medir y ponderar las cosas, no veía como yo, ninguna gravedad en el pintoresco refrán de Amarolino, que le parecía una *trouvaille*<sup>16</sup> deliciosa, y que paso a repetir a toda hora, siempre que venía al caso, como en el día en que un telegrama de Arturo le interrumpió inesperadamente las vacaciones en Catuama, para tratar de problemas surgidos en la Universidad.

Quemado por el sol del noreste, en la escalera del avión que lo llevaba de sus benditos ocios en aquella clara mañana de Guarapés, la última frase que le oí decir, saludándome de lejos, fue esta:

- *Qual, não há Deus!*

Llegado a Chile, la frase admirable del mulato Amarolino no le salía de la memoria. Subrayaba con ella, y con gran justeza y precisión, todos los pequeños contratiempos y decepciones de la rutina diaria, como aquella de cruzar la calle para encontrar un tipo que le resultaba insoportablemente desagradable y al entrar en el tren ver al individuo sentarse exactamente a su lado, impidiéndole la lectura y aborreciéndolo con la conversación y los ¿perdigotos? de Viña del Mar a Santiago.

De Viña a Santiago fue pensando como el vaquero:

- *Qual, não há Deus!*

O aquella noche, en el casino cuando persiguió el 33 la noche entera, y la única vez que dejó de jugar, salió el 33:

- *Qual, não há Deus!*

Al principio, la frase le parecía solo pintoresca. Lejos de verla invadir el sólido terreno de las convicciones religiosas y de las colocaciones teológicas en que se ocupaba, comenzó, entretanto, a encontrarla de una exactitud ejemplar como solución a ciertas pequeñas contrariedades. Tan correcta, que inventó, para resumirla, la limpidez de una fórmula algebraica:

---

<sup>16</sup> Descubrimiento.

$$(-b+a) \times (-a+b) = -ab = 0$$

No se si era rigurosamente esta fórmula, pero sé que él la encontró.

Después, estuvo cerca de dos meses preparándose para tomar parte de un acto poético que el grupo de sus amigos proyectaba realizar en la playa de Horcón, donde Godo leería un poema y Claudio plantaría una escultura en el mar. Pero ese día, cayó con una de esas gripes fulminantes que no lo dejó salir de casa. Fueron todos, incluso Teresa con los niños, y el quedó solo en su pequeña sala en lo alto del Cerro Castillo, rumiando de la mañana a la noche la sabiduría de Amarolino:

- *Qual, não há Deus!*

Decía en portugués y repetía en español:

- No hay Dios!

No se sentaba al piano. Acostumbraba a tocar de pie, a veces incluso trechos largos de sus melodías preferidas.

Aquel día se sorprendió improvisando una frase melódica que repetía incesantemente, como una fuga de Juan Sebastián Bach o un canon de Scarlatti:

Fa – sol – fa...

De repente se dio cuenta de que era la transposición musical de la sentencia de Amarolino. Repitió cien veces:

Fa – sol – fa...

El demonio, que escogió a una jovencita para tentar a San Martiniano, el perfume para dominar a Santa Teresa de Ávila y la gramática para corromper a San Gerónimo, parecía escoger la música para destinarle en la sangre, el veneno del amargo refrán de Amarolino:

Fa – sol – fa...

Por primera vez en la vida, Pepe Vial, José Vial Armonstrong, católico por la fe, teólogo, por la profesión, tuvo la impresión de que uno de esos “*temblores de la tierra*” que estremecen tan frecuentemente en Chile las paredes de las casas, estaría estremeciendo, de súbito, las murallas de su alma:

Fa – sol – fa...

¿Y si Dios realmente no existiese?

Cerró de un golpe el piano como si quisiese atrapar dentro de su caja a aquella idea insensata.

Recordó la pena que le causara la ruptura religiosa de Luis y de Gustavo, para quienes Dios había existido, es verdad, pero no existía más. Era un personaje histórico, muerto hace mucho tiempo.

Se acordó de la ironía de la condesa de Noailles a Jean Cocteau, repentinamente convertido, cuando vino a contarle su descubrimiento de que finalmente Dios existe:

- “No es posible, *mon cher*, pues yo sería la primera persona a ser informada en París”.

No. Dios no había muerto, como pretendía Gustavo y Luis. Tenía tan buenas relaciones con él, que sería de los primeros en ser avisado.

Llenó la copa de vino, busco un cigarro en el bolsillo, el mazo estaba vacío, no había nadie en casa para ir a comprar y maquinalmente descargó en el desahogo ya crónico su legítima necesidad de por lo menos fumar en aquella soledad:

- *Qual, não há Deus!*

El repitió en español:

- ¡No hay Dios!

Se olvidó que había aprisionado el mal pensamiento en la caja del piano, abrió la tapa, pero, en vez de aquel compás de la Sonata para piano *opus 27*, de Beethoven, que pretendía tararear, lo que le salió fue la frase que había improvisado:

Fa – sol – fa...

Insensiblemente, se deleitó durante varios minutos en la variación de la fuga y cuando se dio cuenta sin querer, estaba canturreando la letra.

- No hay Dios....

- No hay Dios...

Cerró de nuevo, rápidamente el piano, esta vez tranco la cerradura y metió la llave en el bolsillo .

Comenzó a andar en la sala, para allá y para acá, como siempre hacía cuando tenía una preocupación, encontró pesada y larga la soledad de la jornada, habría sido mejor que Teresa se hubiese quedado, pero él mismo fue quien insistiera para que fuese. Era el día en que su hermano Alberto acostumbraba a venir a pasar algunas horas con él, mas, para colmo, aquella tarde no había aparecido. Tuvo una sensación de abandono, sintió la garganta irritada con el resfriado, buscó la bufanda de vicuña amarilla con la que le gustaba abrigarse el cuello, pero recordó de que hasta esto Teresa se había llevado. Y quizás por simple hábito, delante de tanta contrariedad, balanceo la cabeza como Amarolino:

- *Qual, não há Deus!*

Iba repitiendo en español:

- No hay... – mas se detuvo a tiempo y recito la palabra del Salmo:

“Dice el insensato en su corazón: –No hay Dios”.

“¡Por todos los diablos!” –Maldijo– y solo después se dio cuenta de que había maldecido justamente después del Salmo, hallando la causa con verdadera rabia en Amarolino. Y penso, como buen chileno, hombre de clima frío y medio-sangre anglo–sajónica, que nunca se va al trópico impunemente. Se vuelve siempre con una enfermedad, una infección, una alteración cualquiera, en el cuerpo o en el espíritu. O se contrae la malaria o el barroco, la indolencia o el libidinaje, o por lo menos, la obsesión por las mestizas de piel dorada, cuando no se es picado por un mosquito maligno o una serpiente venenosa.

¿Qué había ido a hacer a el Brasil?

Playa por playa , no necesitaba haber ido a Catuama, bastábale la playa de Con-Con, allí a minutos de Viña del Mar. Y senador por senador, tanto hacía el senador Barros de aquí, como el senador Barros de allá, con la ventaja que el de aquí estaba a mano, a dos pasos de su casa, en el camino a Reñaca. Después, ni había visto las iglesias de Minas, ni las de Bahía. ¿Que diablos había ido a hacer a Brasil? Apenas había encontrado a un vaquero ignorante, de habla melífera, que le instalara en la vida tranquila el veneno de la inquietud, quien sabe de la impiedad y de la apostasía?.

Maldijo la figura de Amarolino, con su sombrero de cuero cosido en la mandíbula cuadrada y exclamo sin querer:

- *Qual, não há Deus!*

Y repitió en español:

¡No hay Dios!

Llenó de nuevo la copa de vino, y tomó un largo trago, no encontró bueno el vino, encontrándole cierta acidez. Se acordó con indulgencia de las aguas ardientes del Senador , al final, si había playa también en Con-Con, de forma alguna se podría comparar con el agua de trepidas esmeraldas bajo los coqueros de Catuama, y Barros por Barros, no se podía comparar a la amable hidalguía del senador de Pernambuco, a las dogmáticas intransigencias del senador de Valparaíso. Al final, había renovado la piel al sol del Brasil, hiciera unos preciosos croquis del paso del frevo que las mulatas delgadas le danzaran en el terreiro y guardaba en la memoria la melodía bárbara y descontaminada de un maracatu de Goiana.

Se acordó de sacarla en piano ¿donde estaba la llave? ¿porque la había metido en el bolsillo? Abrió la tapa, silvó ligeramente la tonada sensual. Mas cuando hirió las taclas – como si los dedos obedeciesen a una fuerza superior– lo que le salió fue la frase de la fuerza fatídica:

Fa – sol – fa...

Se quedo perplejo, diciendo lentamente, sílaba a sílaba:

- *¡No - hay - Dios!*

Pasaban los días, pero no pasaba el resfriado que degeneraba en una gripe virosa, en una sinusitis crónica y en una forzada permanencia en casa, donde la propia distracción del piano se había transformado en un tormento, con la maldita fuga del fa-sol-fa saliendo indefectuosa de las sonoras cuerdas.

A esta altura, la existencia de Dios ya no parecía tan clara a Pepe Vial y el refrán de Amarolino había dejado, definitivamente, de ser una simple frase pintoresca del vaquero inculto, para tornarse en el problema fundamental de sus preocupaciones filosóficas y teológicas.

Comenzó a leer los libros venerados de la patrística, pero no encontró a Dios en ni una de sus páginas sino como una convicción gratuita de los doctores. Pensó que sería exactamente un castigo de Dios, para mostrarle que no debía buscarle en la vanidad de los filósofos y en la retórica de los dialectos, sino en la humildad del corazón. Abandonó, entonces, a todos los tratadistas y se entregó a la lectura del Doctor Seráfico<sup>17</sup>, fiel a una vieja impresión de que nadie se aproximara más a la suprema visión de lo que aquel ardiente Buenaventura<sup>18</sup>. Pero después de 4 días de San Buenaventura, llegó también a la conclusión de que su *Summa Theologiae* no era más que el desdoblamiento de las *Sententiae Philosophicae* de Pier Lombardo<sup>19</sup>, armada con las habilidades de la problemática de Abelardo<sup>20</sup> en su *Sic et Non*, en la ingeniería de las hipótesis del *pro* y el *contra*. Y en cuando a Gulielmus de Sancto-Amore, también llamado Guillaume de Saint-Amour, en la segunda mitad del siglo XIII, expulsa a Buenaventura de la cátedra era, seguramente, porque había entendido que el camino “*per alias res*”, enseñado por el franciscano, no llegaba hasta Dios.

Había pasado así, de Amarolino a San Buenaventura, como de éste pasó al Isagogo de Porphyros, al Beocio, a Aristóteles reencontrándose con el vaquero en el tratado *De Divina Omnipotencia*, de Pier Damiani, escrito en la altura del año mil, donde se enseña que Dios todo lo puede, inclusive hacer que lo que pasó no haya pasado.

Rechazó las teofanías del Pseudo-Dionisio, el juego de palabras de Anselmo, el Peripatético, en su famosa *Rhetorimachia*, o *rationalismus mitigatus* de Scott Erigenus, las teorías de Fulberto y de Gerberto d’Aurillac, y encontró una verdadera invitación a la impiedad el tratado de *De Sacra Coena*, de Bérenger de Tours, donde se enseña que la dialéctica y la razón constituyen los únicos elementos que prueban la existencia de Dios.

---

<sup>17</sup> Título otorgado a San Buenaventura.

<sup>18</sup> Buenaventura (san) [giovanni da Fidanzal], teólogo italiano (Bagnorea, Toscana, 1221-Lyon, 1274), general de los franciscanos (1257) obispo de Añbano (1273) y cardenal. Sus numerosas obras de teología y filosofía, inspiradas en doctrinas de San Agustín, le valieron el nombre de **Doctor Seráfico**. Fue declarado doctor de la Iglesia en 1587.

<sup>19</sup> Lombardo (Pedro), teólogo de origen lombardo (Novara c. 1100-París 1160), denominado el **Maestro de las Sentencias**. Es autor de los *Cuatro libros de sentencias*, texto básico para la enseñanza de la teología de los ss XII-XVI.

<sup>20</sup> Abelardo (Pedro), en fr. Pierre Abélard, teólogo y filósofo francés (1079-1142). Próximo al conceptualismo, fue uno de los fundadores del método escolástico, y defendió la limitación de la fe por la razón. (*Dialéctica*, 1121), ideas condenadas por la Iglesia en 1121 y 1140.

Pepe Vial nunca había pedido pruebas de esa existencia, pero tampoco se conformaba con el nominalismo de Roscelinus, que confunde la idea general con el nombre por el cual ella es designada, según el cual nos basta saber que Dios es Dios, el *Ego sum qui sum*. Refutó igualmente las doctrinas del Pseudo-Rabanius sobre los cinco términos y las cinco cosas. Se adentró en el *De Veritate*, en el *Proslogium* y en el *Monologium* de San Anselmo de Canterbury<sup>21</sup>, donde se encuentran en el segundo volumen, las famosas demostraciones de la existencia de Dios.

Pepe Vial trató de reducir los términos dialécticos a ecuaciones algebraicas, según las formulas de las matemáticas de Boole, que venía practicando, últimamente, con un padre de Budapest, y el resultado fue lo que ya había alcanzado antes.

$$(-b+a) \times (-a+b) = -ab = 0$$

Esta es la misma formula de la frase de Armalino, según la cual resulta algebraicamente cierto que no hay Dios.

Se avergonzó de estar buscando a Dios por medio del álgebra y volvió compungido, al versículo I del Salmo XIII:

- “Dice el insensato en su corazón:– No hay Dios”.

Mas como los salmos también no dijese muchas cosas y en ellos se perdiese con cierto hedonismo poético, volvió a los filósofos y a los teólogos, y destruyó a San Anselmo con las penetrantes contradicciones que le opuso, en el siglo XI, el monje Gaunilon, que en latín firmaba como Gaunilonius.

Era un hombre de buena fe, amaba su fe y no quería perderla sin lucha.

Profundizó en la escuela de Chartres, leyó a San Ivo. Dicho Ivo de Chartres, tuvo una baja simpatía por la herejía de los Cornificianos, defendidos por Maître Gilbert en el siglo XII, contra la engreída sabiduría de Thierry de Chartres, de Guillaume de Conches y del confuso *Metalogicus*, escrito por Joao de Salisbury.

Maître Gilbert, cuando veía a los teólogos recurrir a la filosofía, al estudio de los *quatro* aristotélicos y de los diálogos platónicos, les aconsejaba dedicarse al oficio de panaderos, considerando que, además de ser el único conveniente a los que no tienen oficio o profesión, resulta fácil y provechoso ejercicio. Y si no produce la instrucción, que es cosa dudosa, produce el pan, que es palpable y comestible.

Pepe Vial se sintió desamparado, sin oficio o profesión, y tuvo ganas de ser panadero. Pero el vicio de pensar ya lo había corrompido, y en vez de un horno de panadería, fue a cocinar sus inquietudes en Boetius en el *Ars Catholicae Fidei*, dedicado por Nicolau d’Amiens al Papa Clemente III.

---

<sup>21</sup> Anselmo (san) [Aosta 1033-Canterbury 1109]. Teólogo benedictino que desarrolló el argumento de la prueba ontológica de la existencia de Dios.

Leyó con asumido placer, las invectivas de Gauthier de Saint-Victor contra los cuatro grandes teólogos, a quien llamaba, los cuatro laberintos de la Francia. Y como pruebas, encontró mejores que la de la existencia de Dios, las el 3er capítulo de dicho Gauthier de Saint-Victor, en que se demuestra en el “*más geométrico*”, más tarde adoptado por Baruch Spinoza, que todos los teólogos y filósofos se contradicen y contradicen la verdad – y que todos los herejes habían sido engendrados por la filosofía, por la teología y por la dialéctica.

Encontró, así, con particular satisfacción, los estatutos de la Universidad de París, sancionados por Robert de Courçon en 1215, donde se determinaba expresamente.

- “*Non legantur libri Aristotelis de metaphysica et naturali historia, nec summa de iisdem, aut de doctrina Magistri David de Dinant aut Amaurici haeretici, aut Mauricii hispani.*”

Me trajo el texto para que lo tradujera del latín, donde estaba taxativa la prohibición de enseñar y leer a Aristóteles, al Mestre David de Dinant, el herético Amaury de Bene y Mauricio de España, que algunos sospechaban que era el propio Averroes.

Lo informé de que esa prohibición había sido renovada por el Papa Gregorio IX en 1231, extendida por Inocencio IV en 1245 a la universidad de Toulouse y reiterada, dieciocho años después, por Urbano IV.

Muy pronto, sin embargo, con Alberto Magno y Santo Tomás, las cátedras se habían puesto a la altura de los altares y en la medida que se da a Dios una beca universitaria, se transforma el *Ego sum qui sum* en objeto de laboratorio, sobre el cual Bacon hiciera experiencias en el *Opus Majus*, y Kepler, en los *Paralipómenos*, lo examinara hasta con instrumentos ópticos.

Es el triunfo de la razón y, a pesar de la relatividad atribuida a las demostraciones por Duns Scott, el “Doctor Admirabilis”, el mismo las manipula, y Santo Tomas las amplía y canoniza en las 5 pruebas de la existencia de Dios, todas fundadas a *posteriori*, partiendo del efecto a la causa.

A esta altura, iba ya con 3 meses de gripe, de cama y de teólogos, cuando no aguantó más los libros. Pidió a Claudio que los devolviera a la biblioteca del Instituto y como no le habían pasado la inquietud espiritual, la sinusitis y el dolor de cabeza, lanzó a la pared las páginas estériles, llenas de polvo y de lógica, del volumen de Boetius, y exclamó indignado:

- ¡No hay Dios!

Teresa, que ya se había acostumbrado a esa extraña exclamación que su marido trajera de Brasil, con los cigarros de Bahía y la piel quemada, y que no le daba mayor importancia, esta vez estaba aprehensiva, en medio del cuarto, con un frasco de remedio en la mano. Porque había un fulgor de diabólica libertad en sus ojos y un tono de desafío en su voz enronquecida por el resfriado, cuando repitió en español, pronunciando pausada y decididamente la frase:

- ¡No hay Dios!

Pero José Vial Armstrong, medio-sangre inglés, no tenía la fuerza de la sangre española. Pues el chileno era español y como todo buen español, según la viejísima anécdota, no creía en brujas, pero admitía que “las hay”.

Quedó impresionado con el episodio.

Al salir del cuarto, había golpeado con tanta violencia la puerta, que las paredes se habían estremecido y el crucifijo que estaba en la pieza de enfrente, sobre la cama del hijo de siete años, el pequeño Pepe, cayó al suelo, partiéndose en tres o cuatro pedazos de Cristo de madera.

El niño comenzó a gritar que “se le había quebrado su santo” y parecía inconsolable.

Teresa trató de calmar la cosa y dentro de algunos minutos José Vial junior, metido en su ropa dominguera, salía con la madre y los amigos para la primera comunión que se haría en aquel día, en la pequeña iglesia del Cerro Castillo, con Gerardo y Alberto y donde esperábamos todos el sermón –que al final no hubo– de Arturo Baeza.

Pepe Vial se quedó solo en casa, consternado, mas no demasiado, con el hecho de no asistir a la primera comunión del hijo, pues, al final, no hay Dios.

Pasó un instante a la casa vecina, de Godo, para saber como estaba Ximena, que estaba en cama hacía una semana. Supo que estaba mejor y cerró la puerta, diciendo:

- Gracias a Dios!

En la sala, sobre el piano, estaba el Cristo partido de Pepe Júnior. Busco un tubo de “Araldite” y comenzó a recomponer hábilmente las piezas quebradas. Miró satisfecho, la imagen; el trabajo estaba perfecto.

Limpio la tinta roja de la llaga del costado, se acordó del centurión curado de la ceguera al pie de la cruz, con el fluir de aquella sangre, y murmuro, por pura rutina de memoria, la imprecación de San Ignacio de Loyola:

- “Aqua lateris Chisti purissima, lava me”.

Contemplaba la pequeña imagen ¿si era Dios, por qué se había caído de la pared? ¿por qué se había despedazado? ¿por qué había necesitado de sus manos y de su “Araldite” para recomponerse? ¿por qué había hecho llorar a un niño inocente? Le acudió la palabra del ladrón insolente en lo alto del gólgota:

- “Si eres Dios, sálvate a ti mismo y a nosotros”.

Y siguió, recitando el Evangelio, que sabía de memoria, ahora con la palabra del buen ladrón:

- “Nosotros estamos recibiendo el castigo de nuestras obras; este, sin embargo, nada hizo de mal. Y decía: Jesús, acuérdate de mi cuando llegues a tu reino. El le dice: en verdad te digo, hoy estarás conmigo en el paraíso”.

En ese momento, entraba Teresa de vuelta de la iglesia. Ella deseaba que sus manos de padre entregasen, personalmente, al hijo, el reloj de la Primera Comunión que le habían comprado.

Cuando el pequeño José entró corriendo, ansioso por el regalo, las manos de Pepe Vial temblaron. El reloj cayó despedazándose en el suelo. Pero el niño no lo percibió. Sus ojos habían dado con el Cristo reparado que Pepe Vial tenía en la otra mano y lo agarró con alegría:

- ¡Reparaste mi Cristo! fijate que ahora lo tengo también aquí. –Y apuntaba a su pequeño pecho de blusa azul.

José Vial Armstrong besó silenciosamente al hijo, subió la escalera y se encerró en el cuarto.

Nadie lo vio más en aquel día.

Una semana después, Fabio invadía intempestivamente la casa de Alberto Cruz, con Baeza, Godo y Claudio, trayendo una carta que le había entregado Alberto Vial, y que Miguel había traído en motocicleta de Santiago. Era de Pepe.

Lacónicamente, pedía la dimisión de su cátedra en la Universidad y de todos sus compromisos con el Instituto de Arquitectura. Iba a recogerse al viejo feudo rural de su familia y dedicarse a la agricultura y a la fabricación de pan, en la aldea próxima a su propiedad.

Diez años después, tomé uno de esos horribles trenes del norte de Chile y fui a descansar en la hacienda de Pepe Vial. Estaba un poco mas gordo, un poco mas calvo y parecía feliz.

Plantaba lentejas y garbanzos, cultivaba la viña y tenía un aire de beatitud cuando bebíamos juntos el vino de sus *tinajas*.

Después del almuerzo, pedí un libro a Teresa para ayudar al sueño de la siesta. Ella miró espantada. Hace diez años que no entraba un libro a aquella casa, gracias a Dios. José Vial Armstrong fabricaba el pan del *pueblo* y al llegar, había encendido el fuego de su primera horneada con los libros que había traído de la Universidad.

El primero en arder, fue aquel *Opus Majus* de Bacón, seguido de Aristóteles y Santo Tomás, y el último, el refinado *Itinerarium Mentis in Deum* de aquel Jao de Fidanze, nacido en Bognorea, cerca de Viterbo, en 1221, conocido como “Martirologio”, como San Buenaventura era llamado “Doctor Seráfico”.

Aseguró Teresa que los panes habían salido buenos y sabrosos y todo el pueblo los comió, dando gracias a Dios, juntamente con Pepe Vial que, los domingos, en la ausencia del párroco, cuando no había que ocuparse de la panadería, enseñaba el catecismo en la iglesia del *pueblo*.

Viña.....

A Teresa y Pepe Vial.